EL TEATRO MODERNO

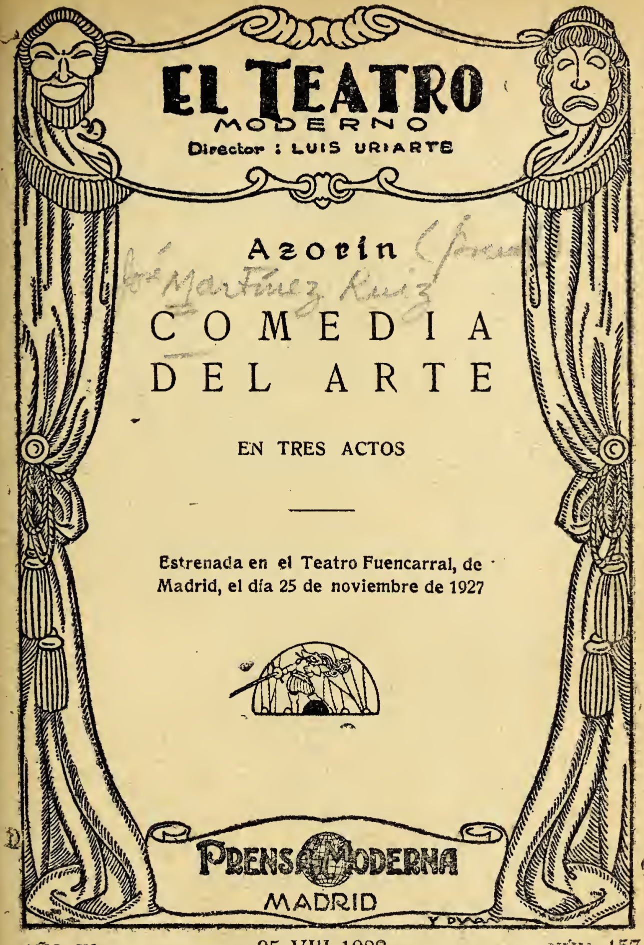


50 CTS

AZORIN

Comedia del arte

2251



Azorín

COMEDIA DEL ARTE

EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fuencarral, de Madrid, el día 25 de noviembre de 1927

AÑO IV 25-VIII-1928 NÚM. 157

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Don Antonio Valdés...	*Francisco Fuentes.*
Pacita Durán...	*Társila Criado.*
Don José Vega...	*Modesto Rivas.*
Paco Méndez...	*Clodio Sancho.*
Doña Manolita...	*Joaquina Maroto.*
Joaquín Ontañón...	*Ramón Albolafia.*
El Doctor Perales...	*José María Torre.*
Un niño...	*N.*

Actores y actrices.

A FRANCISCO FUENTES

Admirable actor, escrupuloso director de escena, profundo conocedor del teatro.

Su admirador y amigo,

AZORIN

ACTO PRIMERO

Plazoleta de un jardín. Bancos.

(Al levantarse el telón, un momento la escena desierta; entra Antonio Valdés.)

VOCES. *(Fuera.)* ¡Eh, eh!

VALD. ¿Qué decís? ¿Qué es lo que queréis?

VOCES. ¡Aquí, aquí!

VALD. ¿Qué decís?

VOCES. ¡Que no se vaya nadie!

VALD. ¿Que no me vaya yo?

VOCES. ¡Sí, sí!

VALD. No me marcho: he venido a ver esto.

VOCES. ¡No se puede trabajar hoy!

VALD. No trabajaré; no traigo el papel; hemos venido todos a distraernos un rato.

VOCES. ¡No se permite trabajar!

VALD. No estudiaré.

VOCES. Ahí va don José; él le vigilará a usted y le impedirá trabajar.

VALD. Sí; decidle que... *(Pausa. Valdés saca del bolsillo un papel y comienza a leer.)* "Hija de un viejo ciego, Antígona, ¿a qué país, a qué pueblo hemos llegado? ¿Quién acogerá hoy con una pobre limosna a Edipo errante?"

VOCES. ¡No vale; no vale estudiar!

VALD. No estudio; contemplo los árboles, el jardín.

VOCES. ¡Que le estamos viendo, don Antonio!

VALD. ¿Qué estáis viendo?

VOCES. Estamos viendo cómo estudia usted su papel.

VALD. Hoy no hay más que actores que pasan unas horas en el campo. Yo no soy actor ahora, yo no trabajo.

VOCES. ¡Ahí va don José!

VALD. ¡Que venga el gran poeta! Pepe, te espero. Ven, quítame los papeles; aparta de mi mente

671059

la idea del trabajo; haz de mí un holgazán; arráncame la pasión por el arte; conviérteme en un bruto.... ¡Sálvame!

VOCES. ¡Bravo, bravo! ¿De qué obra inédita es eso? *(Pausa.)*

VALD. "¿Quién acogerá hoy con una pobre limosna a Edipo errante? Poco pide, menos logra; y ese poco le basta porque los sufrimientos, la vejez, le enseñan la resignación." *(Entra Pepe Vega.)*

VEGA. Oye, Antonio, gran actor; bromas, no; no vale trabajar. Habéis salido hoy toda la compañía al campo para divertiros un poco y no es lícito el trabajo. No te lo perdono, no te lo consentiremos.

VALD. El trabajo del actor, del artista, del hombre cerebral. ¡Ah! Querido Pepe, ¿podemos prescindir nosotros de trabajar siempre?

VEGA. Es verdad, Antonio. Ya lo sé; estamos viciados, intoxicados por el trabajo.

VALD. La ficción lo es todo para nosotros.

VEGA. La ficción es más bella que la Naturaleza.

VALD. Y no podemos gozar del cielo azul, de las montañas, del mar, de los bosques...

VEGA. Hagamos un esfuerzo, Antonio. ¿Has visto tú la alegría infantil de toda tu gente?

VALD. Mi gente, este grupo de actrices y actores que yo dirijo, es toda bondad, son todos como niños, aman las cosas o las odian con la misma pasión que los niños.

VEGA. El aire puro del campo les embriaga.

VALD. ¿No te sucede a ti lo mismo? Trabajando siempre en el mundo de la ficción, cuando nos ponemos en contacto con la Naturaleza, nos sentimos desorientados. El arte ha entrado hasta lo más hondo en nuestro espíritu.

VEGA. Y no sabemos si la realidad es la que estamos viendo o la que fingimos nosotros.

VALD. ¡No poder librarnos de la ficción!...

VEGA. Y lo que es más grave, más angustioso; no querer librarnos.

VALD. Yo creo que en la ficción está nuestro consuelo.

VEGA. Si lo pensamos bien, sí.

VALD. ¡Qué sería de nosotros sin el mundo ideal que imaginamos!

VEGA. Antonio, qué tristeza tan profunda me causa a mí el renacer de las cosas en la primavera.

VALD. Se siente, más que nunca, en estos días la fatalidad de nuestro destino.

VEGA. ¿Cómo acabaremos, Antonio?

VALD. Tú y yo, y todos nosotros, actores y poetas, ¿cómo hemos de acabar? Y nos quieren imponer el orden, la previsión, la austeridad...

VEGA. ¿A nosotros? ¿Sin un poco de generosidad, de romanticismo, qué sería del arte y del artista? ¿Es que la creación libre y espontánea es compatible acaso con la ordenación rigurosa en todos los actos de la vida? En estos días de primavera se siente, sí, una profunda melancolía. Yo la siento. Me la producen la serenidad y la templanza del ambiente. La tengo cuando contemplo a lo lejos la silueta azul de las montañas... *(Risas.)* Y cuando yo veo a todos nuestros compañeros los artistas, alegres, satisfechos, pienso en la terrible suerte de todos.

VALD. Y yo siento la misma tristeza; y pienso también en el trabajo terrible de todos, en las noches y en los días de constante batallar, y creo que quien vive así, en este ambiente de exasperación, tiene derecho a un poco de negligencia. *(Entra el doctor Perales.)*

DOCT. Actor, poeta, ¿soy indiscreto?

VALD. Nunca, doctor.

VEGA. ¡Qué pregunta!

DOCT. Perfectamente. ¿De qué hablaban el gran actor y el gran poeta?

VEGA. Fantasías.

VALD. Filosofías.

DOCT. ¿Sobre qué eran esas fantasías, esas filosofías?

VALD. Sobre la vida, doctor.

DOCT. Perfectamente. ¿La vida es buena o es mala?

VEGA. Usted opinará, doctor.

DOCT. Yo no opino nada. La vida es buena y es mala. Excelente día. ¡Admirable!

VEGA. Hermoso.

DOCT. Actor; vuestra gente está trabajando toda la semana, todo el mes, todo el año. Vuestro doctor, es decir, yo, el doctor Perales, os acompaña en vuestras alegrías y en vuestras tristezas. Las tristezas son más que las alegrías... Un día salimos al campo, vamos a distraernos; la comida es exquisita; el aire, primaveral, tenue y transparente. Todo es contento y sosiego. Y antes de terminar la comida, nuestro gran actor se levanta y desaparece.

VALD. No he desaparecido, doctor.

DOCT. Y después se va tras él don José Vega, nuestro gran poeta.

VEGA. He venido mandado por todos los demás compañeros para evitar que el actor estudiase.

DOCT. Muy bien. El gran actor se levanta de la mesa; finge que observa el paisaje y, de pronto, saca un papel y se pone a estudiar.

VALD. No estudiaba.

DOCT. ¿Qué es lo que estaba estudiando nuestra gloria de la escena?

VALD. No estudiaba, doctor.

DOCT. Yo lo diré: estudiaba su papel en el *Edipo en Colona*. El *Edipo en Colona* es la obra elegida para su beneficio por el gran actor, y nuestro artista, que no puede dejar de trabajar en ningún momento, se separaba de sus compañeros para estudiar un poco.

VEGA. Exacto.

VALD. Es verdad; me preocupa un poco o un mucho ese papel.

DOCT. ¿He dicho que es cosa rara la elección de esa obra? ¿No? Pues lo digo ahora. ¿Por qué nuestro actor ha elegido esa terrible tragedia?

VEGA. Es una de las más bellas tragedias del teatro griego. Hermosísima, pero ¿no hay un poco de preocupación personal al elegir esa tragedia?

Trágico destino, como el de Edipo, pesa sobre el artista.

VALD. Doctor, yo no estoy preocupado.

VEGA. ¿Sobre quién en el mundo no pesa ese destino?

DOCT. Perfectamente. Nuestro gran actor no está preocupado: eso dice él. Nuestro gran poeta añade que el destino pesa sobre todos. Perfectamente. El doctor Perales no les cree. Vamos, queridos artistas, estamos solos; es éste un momento de intimidad frente a las montañas azules, bajo el cielo azul, un poquito de depresión, melancolía. ¿El artista puede gozar plenamente de la vida? Cuando la vida del artista va a terminar, ¿el artista puede decir que ha gozado de la vida?

VEGA. Ha gozado de su ficción.

VALD. Ha gozado del arte, doctor.

DOCT. ¿Pero el arte es el goce pleno de la acción? ¿El arte es la violenta sensación de la vida? ¿El arte es el amor?

VALD. El arte puede ser el amor.

DOCT. No, no; el arte pide, reclama, exige, toda la vida, y el amor pide, reclama, exige, también, toda la vida.

VALD. ¿Lo cree usted, doctor?

VEGA. No, no lo cree.

DOCT. Sí, sí, lo creo y lo cree el actor, lo cree el poeta. Un artista se halla en la plenitud de la vida, ha llegado a la más alta posición en el arte. Ha sacrificado su vida al arte. Y cuando se halla en la mitad de la vida, cuando va a comenzar para él el triste descenso por el otro lado de la montaña...

VOZ. *(Fuera.)* ¡Eh, doctor, doctor!

DOCT. Voy, voy; un momento, acabo una consulta.. Cuando ese gran artista se halla en el momento crítico de su vida...

VOZ. ¡Doctor, doctor, le reclamamos!

DOCT. Un momento, termino de redactar una receta... Una receta urgente... Cuando después de años y años consagrados con tenacidad, con entu-

siasmo, al arte, el artista advierte que la vida va a comenzar a escapársele de entre las manos, entonces...

VOZ. ¡No podemos estar sin usted, doctor!

DOCT. Bien, bien; continuaré en otra ocasión. Adiós, adiós; vuelvo a la mesa con los demás compañeros. ¿Quién viene por allí? ¿Quién está ahí, detrás de esos árboles? Ya, ya... *(Se marcha el Doctor.)*

VALD. ¿Has oído, Pepe?

VEGA. Sí: extraordinario el doctor.

VALD. ¿Has comprendido?

VEGA. Ni una palabra.

VALD. ¿No has comprendido la alusión?

VEGA. No.

VALD. ¿No sospechas lo que quería decir?

VEGA. No, no ha terminado de hablar.

VALD. No era preciso que terminara: ha dicho bastante.

VEGA. ¿Y qué es lo que ha dicho?

VALD. ¿No has oído la pregunta del final, cuando se marchaba?

VEGA. Ha preguntado que quién estaba allí, entre los árboles.

VALD. Pues mira quién está.

VEGA. Está Pacita Durán.

VALD. Pacita Durán, la meritoria de nuestra compañía.

VEGA. Pacita Durán, mimosita, tímida.

VALD. Carácter reservado, reconcentrado.

VEGA. Insignificante, poca cosa, en opinión de sus compañeros.

VALD. Sobre todo de sus compañeros.

VEGA. Una de tantas.

VALD. ¿Una de tantas? Ya lo veremos... Hacia aquí viene, hacia aquí estaba viniendo desde que me levanté yo de la mesa. Voy a ausentarme un momento. Tú habla con ella. Cuando hayas terminado tus observaciones, volveré. Poeta: intuición para el alma femenina. *(Se marcha Val-*

dés. Habla Vega, dirigiéndose a Pacita Durán, que está todavía fuera de la escena.)

VEGA. Vamos, señorita Durán, a escena. ¡Pronto! ¡Animación, viveza! *(Entra Pacita Durán.)*

PACI. ¿Siempre en el teatro?

VEGA. Siempre.

PACI. ¡Qué bonito teatro! Arboles de veras, montañas a lo lejos, cielo azul.

VEGA. Seriedad, señorita; no divaguemos. Va a comenzar el ensayo. Usted, naturalmente, ensaya su papel.

PACI. Con mucho gusto.

VEGA. Vamos a ver, señorita Durán: ¿cuál es su papel?

PACI. Don José, el que usted quiera, usted dispone.

VEGA. No, yo no dispongo. Su inclinación de usted, señorita, su propensión natural... ¿Cuál es su papel?

PACI. ¿Qué sé yo? Una actriz que comienza ahora a trabajar, una aprendiza de actriz.

VEGA. Un poco de fantasía. La fantasía es el alma del arte. Usted es una mujer de pueblo, o una princesita, o una mujer enamorada, una mujer celosa...

PACI. ¿Una mujer enamorada, don José?

VEGA. ¿No le gusta ser una mujer enamorada, señorita Durán? En el amor hay muchos matices.

PACI. ¡Oh, sí, sí!

VEGA. Y el arte es variedad en la expresión. Expresión en el rostro, en las manos, en los ojos, en el movimiento. Usted, Pacita, es una mujer enamorada.

PACI. ¿Pero enamorada de quién, don José?

VEGA. Vayamos despacio. Sí, Pacita, no lo niegue usted. No lo niegue, la ficción es la realidad. Y entra usted en escena. La entrada en escena es muy importante. El público está ansioso, esperando. El autor ha ido preparando al público. Usted entra en escena.

PACI. ¿Y quién es el galán?

VEGA. ¡Ah! El galán no es ya joven. Es un pintor, un

artista, un gran artista, pero pobre. Pobre y en la declinación de la vida. Su bella obra ha sido ya realizada. Y ve el gran artista que se acerca la vejez. ¿Qué será de él en esos años tristes? Un poco de fantasía, señorita Durán.

PACI. ¿Y el pintor me tiene a mí a su lado?

VEGA. Le tiene a usted a su lado.

PACI. ¿Y yo le sostengo en sus aflicciones?

VEGA. Y usted le sostiene en sus aflicciones.

PACI. ¿Y yo puedo trabajar para él, cuando él no pueda trabajar?

VEGA. No cabe duda.

PACI. ¿Y él me quiere a mí?

VEGA. Con entusiasmo.

PACI. ¿Y él me consagra a mí todo lo que le resta de vida? ¿Y vivimos los dos tranquilos, felices, sin pensar en nada ni en nadie?

VEGA. En plena dicha.

PACI. ¿Y ahora, por ejemplo, después de haber salido por la mañana, regreso yo a casa? ¿Y lo encuentro a él?...

VEGA. Un momento. Regresa usted a casa, y encuentra usted a una gran señora.

PACI. ¿Y qué hace, en mi casa, al lado de mi gran artista, hablando con él esa gran dama? ¡No, no; eso no puede ser, no puede ser!

VEGA. Calma, calma, señorita Durán. Las grandes damas van a todas partes; las grandes damas se enamoran a veces de los artistas eminentes. Y esa gran dama ha visto un cuadro del gran pintor. Y ha querido ir al estudio del artista.

PACI. ¡No, no, no puede ser eso! ¡No irá ninguna gran dama al estudio de ese pintor, de mi pintor! ¡Yo no lo consentiré, no quiero, no quiero!

VEGA. Calma, calma, señorita; ¿que no puede ir una gran dama al estudio de un pintor? Adelante. Pues no es pintor el personaje. ¿Puede una señora, una gran señora, aplaudir a un actor en el teatro? El pintor se ha transformado en un actor.

PACI. ¿Qué dice usted, don José?

VEGA. ¿No le agrada a usted la transformación?
PACI. ¡Oh, sí, mucho, mucho!
VEGA. Pues si le agrada mucho, adelante. Usted admira a ese actor, es un gran actor, ¿eh? No es un actor mediocre.
PACI. Un actor eminente.
VEGA. ¿Un actor más grande que Máiquez?
PACI. ¡Ya lo creo!
VEGA. ¿Más que Romea?
PACI. Mucho más.
VEGA. ¿Más que Calvo?
PACI. ¡Qué duda cabe!
VEGA. ¿Más grande que Vico?
PACI. Sí, don José: más grande que Vico.
VEGA. Y ese actor tiene una expresión en los ojos...
PACI. Sus ojos son inteligentes, expresivos, hermosos. Todo lo dice con los ojos. En silencio dice el amor, la ternura, la pasión, la cólera, la melancolía...
VEGA. Y las manos de ese actor...
PACI. Las manos de ese actor son tan expresivas como sus ojos. Con sus manos, sin hablar, lo expresa todo.
VEGA. ¿Y el gesto de ese actor...?
PACI. Y el gesto de ese actor es tan variado, tan rápido, tan múltiple, que las palabras son casi inútiles. El gesto, como los ojos, como las manos, expresa todas las pasiones.
VEGA. Va usted comprendiendo la situación. El entusiasmo pone elocuencia a sus palabras. Y ese actor ya no está en la primera juventud. No; la vida comienza para él a declinar.
PACI. ¿Y qué importa? Está en el período más bello de la vida. Ha vivido la ardorosa juventud y ha llegado para él un momento de serenidad, y en esa serenidad irradia su ingenio.
VEGA. Es usted expresiva. Comprende usted la escena. Decíamos... ¡Ah, sí! Ha pasado ya para nuestro actor el ímpetu de la juventud y se siente un poco triste.
PACI. ¿Triste? ¡Oh, no! No quiero que esté triste. No

se puede estar triste cuando se tiene vida, ge-nio, entusiasmo, admiración de las gentes...

VEGA. Bien, bien, Pacita. El gran actor está un poco triste. ¿Cuál será el final de su vida? El final de la vida de los artistas, señorita Durán, suele ser un poco desgraciado.

PACI. Pero puede tener junto a su corazón un corazón que le consuele.

VEGA. Y un cariño constante.

PACI. Y unas manos que le cuiden en todos los momentos.

VEGA. Manos piadosas y delicadas. El gran actor prepara su beneficio. ¿Qué obra representará en esa noche? Ha de representar una obra apropiada a su genio. Y un poeta que se siente también ya un poco viejo, un poco cansado, un poeta con el pelo largo y el sombrero ancho —viejo estilo—, un poeta que quiere que el arte conserve un poco de romanticismo, de generosidad... Permítame usted, señorita Durán. Me encuentro un poco conmovido... *(Las manos de Pacita en las manos de Vega. El poeta mira a la muchacha enternecido. Pausa.)*

PACI. ¿Qué tiene usted, qué le sucede, don José? Yo también me conmuevo profundamente oyéndole hablar del viejo poeta. No; viejo, no; cansado, no. Romanticismo, sí. Romanticismo siempre. *(Vega se desase repentinamente de Pacita.)*

VEGA. ¿Qué estábamos diciendo? Hablábamos del beneficio de nuestro gran actor... Y un poeta ha hecho para él una traducción del *Edipo en Colona.* El gran artista representará la obra de Sófocles. ¿Lo recuerda usted, señorita Durán? Edipo es el más infortunado de todos los hombres; ya no hay esperanzas para él. Tan desgraciado ha sido, que él mismo se ha arrancado los ojos por no ver el mundo. Y al comenzar la tragedia el infortunado monarca aparece por los caminos guiado por su hija Antígona.

PACI. Sí, sí, por Antígona, buena, generosa, que le asiste y le consuela. *(Declamando.)* "Edipo, padre infortunado, veo a lo lejos las torres de las murallas que rodean la ciudad; el lugar en que nos encontramos es tranquilo, apacible; está poblado de laureles, de viñedos y de olivos. Y entre el follaje, los ruiseñores entonan sus cantos melodiosos."

VEGA. ¡Ah, señorita Durán! ¿Conoce usted mi traducción? ¿Sabe usted el papel de Antígona?

PACI. Todo, todo, fervorosamente, con toda el alma.

VEGA. ¿Con toda el alma?

PACI. "Los ruiseñores entonan sus cantos melodiosos. Descansa en esta peña. El camino que has hecho es trabajoso para un anciano."

VEGA. Edipo es una imagen de todos nosotros, de todos los artistas que viven por el ideal. ¿Quién piensa en nuestro porvenir? Edipo, ciego y viejo, lleva sobre sus hombros el peso de todos los dolores... ¡No puedo, no puedo! *(Se sienta en un banco. Pone los codos en los muslos y se cubre la cara, inclinada. Pausa. Pacita le toca en la espalda.)*

PACI. Don José, ¿qué le sucede?

VEGA. Nada, nada.

PACI. ¿Está usted triste?

VEGA. No, no. *(Vega se levanta y se limpia los ojos.)*

PACI. ¿Lloraba usted?

VEGA. Pacita, hija mía, acércate al viejo poeta. Ven, ven a mí; quiero darte un beso en la frente. *(La besa.)* Un beso puro, inmaterial. Pacita, yo no te conocía. Nadie sabe lo que vales. Y eres una gran artista. De tu carácter reconcentrado ha surgido el ímpetu del entusiasmo. Cuando seas famosa, que lo serás, acuérdate de este beso que te ha dado un poeta.

PACI. Don José, don José, yo no quiero verle triste. Yo no quiero tampoco que esté triste el gran actor. ¿Oye usted? Yo tengo confianza en la vida.

VEGA. La emoción me abruma. *(Se sienta en un banco. Entra Ontañón.)*

ONTA. ¡Eh, eh, en escena y siempre en escena!... El gran actor cómico Ontañón está aquí. Dicen que estoy un poco... un poco... No; un momento de expansión, de olvido... ¿Conservatorio, calle? ¡Fuera el Conservatorio! Calle y siempre calle... Variedad de tipos, de gestos, de trajes. Ontañón ha estudiado en la calle el arte de la escena. Me dan un papel: lo estudio. He de buscar mi tipo: paseo por las calles, entro en los cafés, en las tiendas, en las iglesias; subo a los tranvías. ¿No lo encuentro? Me siento en la terraza de un café. La gente pasa por las aceras. De pronto doy un grito y pego un salto. Se derriba el velador, se rompe el servicio. Los camareros acuden. Una señora se desmaya. Todos gritan: "¡Ontañón está loco!" La gente corre. Yo corro también. ¿Qué ha pasado? Que Ontañón, que estaba sentado en la terraza del café, ha visto cruzar a lo lejos su tipo, el tipo que buscaba. Y ha corrido a observarlo... ¿Conservatorio?... ¿Calle?... ¡Siempre calle! *(Se sienta en un banco. Entra el doctor Perales.)*

...

DOCT. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

PACI. Nada, doctor.

DOCT. Un poco excitada. Don José, ¿usted también nervioso?

VEGA. Perfectamente bien, doctor.

DOCT. No, no; un poco excitado. ¿Y Ontañón? ¿Qué hace Ontañón?

ONTA. ¡Ja, ja, ja! Tengo ganas de reír.

DOCT. Ontañón, más excitado que nadie. Todos, un poco nerviosos, inquietos, desasosegados. Y don Antonio, ¿por dónde está? No comprendo lo que sucede aquí.

VEGA. La primavera, doctor.

DOCT. Indudablemente.

PACI. ¡Ay, el papel de Antígona!

ONTA. ¡Ja! ¡Ja!

DOCT. Todos excitados. ¿No sirve para nada la Naturaleza. ¿Son mejores los telones y las bambalinas? ¿Dónde está don Antonio? Seguramente, perdido por el jardín, estudiando su papel.

VEGA. Por el jardín debe de andar.

PACI. Sí, sí, estará estudiando.

DOCT. Por allá veo venir a Manolita Redondo, nuestra primera dama. Viene en un momento oportuno. Y viene con ella su hijo Paquito. *(Entra Manolita con un niño de la mano.)*

MANO. ¿Ha visto usted, doctor? Esto no puede ser. Vengo sofocada, excitadísima.

DOCT. ¿Usted también, Manolita?

MANO. Excitadísima, doctor.

VEGA. ¿Qué pasa?

PACI. ¿Qué sucede?

DOCT. Vamos, cálmese usted, serenidad.

MANO. ¡Qué algarabía, qué voces!

DOCT. ¿Quién da las voces?

MANO. Todos: todos están enzarzados en una discusión terrible.

VEGA. ¿Sobre qué discuten?

MANO. Yo les decía: "Vamos a pasear por el jardín." Pero no querían. Allí están discutiendo.

DOCT. ¿Y no quieren pasear?

MANO. No; están gritando todos a la vez.

VEGA. ¿Qué es lo que están discutiendo?

MANO. Discuten sobre la interpretación escénica de los personajes antiguos.

PACI. Los ruiseñores entonan sus cantos melodiosos.

DOCT. ¡Eh!

VEGA. La primavera, doctor.

DOCT. No, la primavera, no; es que la Naturaleza no sirve para nada.

VEGA. La ficción es mejor.

DOCT. ¿Sobre qué discuten?

MANO. Hablan del carácter de Edipo.

DOCT. ¿Pero es que no hay árboles, ni montañas, ni cielo que admirar aquí?

PACI. La ficción es más bella que la Naturaleza.

VEGA. El arte crea el paisaje.

PACI. Edipo: padre infortunado.
DOCT. Todos, alucinados. ¿Y éste también? ¿Qué haces, Paquito?
PAQUI. ¡Qué quiero ser actor!
DOCT. ¿Actor cómico, como el señor Ontañón?
PAQUI. No; actor trágico.
DOCT. ¿Actor trágico, como don Antonio Valdés?
PAQUI. Sí, como don Antonio Valdés.
DOCT. ¿Para hacer llorar a la gente?
PAQUI. Sí, como llora mamá cuando trabaja don Antonio.
DOCT. ¿Llora tu mamá cuando trabaja don Antonio?
PAQUI. ¡Ya lo creo!
MANO. No haga usted caso, doctor.
DOCT. ¿Le molesta a usted que se crea que llora cuando trabaja don Antonio?
VEGA. Eso le honra a usted, Manolita.
MANO. Callen, callen ustedes.
DOCT. Paquito: el porvenir es tuyo. A ti te aplaudirán las muchedumbres... ¿Y Valdés? ¿Dónde está Valdés? *(Observa por todos los lados del teatro.)* ¡Antonio! ¡Antonio!
VEGA. Estará estudiando.
DOCT. No hay derecho a estudiar ahora.
PACI. ¿Quiere usted que vaya yo a buscarlo?
DOCT. No, nó, Pacita; tú, aquí; ya vendrá él... Ya viene por allí. *(Se oye la voz de Valdés, que declama el papel de Edipo en el comienzo de "Edipo en Colona".)*
VALD. "Hija de un viejo ciego, Antígona, ¿en qué país, a qué pueblo hemos llegado?"
PACI. *(Aparte, a Vega.)* ¡Yo quisiera hacer el papel de Antígona en el beneficio de don Antonio!
VEGA. ¿Tú hacer ese papel?
PACI. Lo he estudiado bien.
VEGA. ¡Silencio, silencio!
PACI. ¡Yo quisiera trabajar esa noche! *(Entra Valdés representando el papel de Edipo. Valdés se dirige hacia Pacita.)*
...
VALD. "¿Quién acogerá hoy, con una pobre limosna, a Edipo errante? Poco pide; menos logra; y ese

poco le basta, porque los sufrimientos, la vejez le enseñan la resignación." *(Pacita se ha colocado junto a Valdés con un movimiento rápido e impetuoso y da la réplica al actor en el papel de Antígona.)*

PACI. "Edipo, padre infortunado, veo a lo lejos las torres de las murallas que rodean la ciudad. Descansa en esta peña; el camino que has hecho es mucho para un anciano..."

VALD. "Siéntate y guarda a tu viejo padre."

PACI. "Tanto tiempo hace que cumplo este deber, que no he de aprenderlo."

VALD. "¿Puedes decirme dónde estamos?

PACI. "Cerca de Atenas, sí; pero este lugar no sé cuál es."

VALD. "Antígona, hija mía. ¿Nos han abandonado todos?"

PACI. "Sí, padre mío: todos nos han abandonado."

VALD. ¿Y tendrás tú fe siempre en mí?

PACI. Fe y entusiasmo tendré siempre.

VALD. No puede una niña sacrificar su juventud a la vejez.

PACI. Yo tengo fe, tengo confianza; lo sacrificaré todo.

VEGA. Oye, Antonio, perdona; eso no es el texto de mi traducción.

VALD. Comedia del arte. El autor da la situación, y el actor pone las palabras.

DOCT. Sí, comedia del arte.

ONTA. Tragedia del arte.

VALD. ¿Dices que tienes entusiasmo?

PACI. Mucho entusiasmo.

VALD. Es un sacrificio terrible el que deseas hacer.

PACI. No, padre mío. Cuando hay afecto, no existe el sacrificio.

VALD. El viejo Edipo no puede aceptar ese sacrificio de tu juventud.

PACI. Yo no te abandonaré nunca, padre mío.

VALD. ¿Hay aquí un bosquecillo de laureles?

PACI. Hay un bosquecillo de laureles y hay también rosales.

VALD. ¡Qué cansado estoy, querida Antígona!
PACI. ¡Hay aquí una piedra donde puedes sentarte a descansar! *(Valdés se acerca en un aparte a Vega.)*
VALD. ¿Le has hablado? ¿Qué dice?
VEGA. Está apasionadamente enamorada de ti.
VALD. Es una niña; yo no tengo derecho a sacri-carla.
VEGA. ¿Podrás vencerte?
VALD. Procuraré hacerlo.
ONTA. ¿No sigue la representación?
VALD. Hay que dar un tono un poco más solemne a este comienzo.
DOCT. No se permite trabajar, querido Valdés. *(Pacita se acerca en un aparte a Vega.)*
PACI. ¿Qué le ha dicho a usted? Conozco estos apartes teatrales.
VEGA. Dice que eres una actriz admirable.
PACI. Quiero hacer el papel de Antígona.
VEGA. Creo que lo harás.
MANO. ¿Qué sucede aquí?
VALD. Vamos, vamos, hay que acentuar un poco más este comienzo. Principiemos otra vez.
VEGA. ¿Pero te empeñas en trabajar, Antonio?
VALD. Un momento, atención... En seguida terminamos. Vamos, atención... "Hija de un viejo ciego, Antígona." (Pacita, he decidido que haga usted el papel de Antígona en la noche de mi beneficio.)
PACI. ¡Oh! ¿De veras, de veras?
VALD. ¡Atención! Diga usted la parte de su papel.
PACI. ¡Qué emocionada estoy! ¡No puedo hablar, no puedo hablar!
DOCT. ¿Qué ocurre?
PACI. No sé lo que me sucede.
DOCT. Excitada, excitadísima.
PACI. Déjenme ustedes. No puedo, no puedo hablar.
ONTA. Siempre en escena.
VEGA. Comedia del arte.
ONTA. Tragedia, tragedia del arte.
MANO. ¡Ya, ya veo lo que sucede!

PACI. Tengo ganas de reír y de llorar.
VALD. A escena, a escena... Antígona, hija mía.
PACI. Edipo, padre infortunado, ¡qué feliz soy!
VALD. Ríes, lloras.
VEGA. Comedia del arte.
ONTA. ¡Tragedia, tragedia del arte!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala modesta. Puerta a la izquierda, por donde saldrá Ontañón; puerta a la derecha, que comunica al cuarto de Valdés. En el fondo, a la derecha, se abre un ancho vano que deja ver un comedorcito; por aquí ha de entrar Pacita y en los momentos que se indiquen, se sentará en una de las sillas, en tanto que Manolita y Ontañón la atienden y consuelan. El grupo de los personajes, a la izquierda, para dejar libre la parte de la derecha, por donde ha de aparecer Pacita. En escena Manolita y Paco.

MANO. ¿Qué hace don Antonio?
PACO. Está en su cuarto. El chico que le lleva de paseo se ha marchado ya.
MANO. ¿Qué hace?
PACO. Lee unas poesías en un libro de ciegos.
MANO. ¡Pobre! ¡Quién iba a decir que don Antonio Valdés iba a quedarse ciego!
PACO. Debe ser un gran tormento el no poder ver, mamá.
MANO. Figúrate; y más para un artista como él. ¡Quedarse sin vista un gran actor en lo más glorioso de su vida!
PACO. ¡Sí que fué una cosa terrible!
MANO. ¿Te acuerdas tú de cuando don Antonio tenía vista, de cuando trabajaba?
PACO. ¡Ya lo creo! Hace de eso diez años.
MANO. ¡Cómo pasa el tiempo!

PACO. Yo me acuerdo de un día en que fuimos al campo.

MANO. ¿En que comimos toda la compañía de don Antonio en el campo?

PACO. ¿No tenía yo entonces ocho años?

MANO. Justo; ocho años. Dos años después fué la desgracia de don Antonio.

PACO. Aquel día del campo, mamá, ¿fué cuando se reveló como actriz Pacita Durán?

MANO. ¡Ya te acuerdas tú de Pacita Durán! ¿Para qué tienes todos los retratos de Pacita Durán en tu cuarto?

PACO. Para nada, mamá.

MANO. Sí, aquel día le prometió don Antonio a Pacita un buen papel en su beneficio. ¡Lo que son las cosas! Don Antonio eligió el *Edipo*. ¡Y mira tú qué casualidades! ¿Quién le había de decir que iba a quedarse él ciego?

PACO. Pacita hizo de Antígona.

MANO. Y tuvo un triunfo estupendo. Todo el mundo estaba sorprendido. Pacita todavía no era nada. Y de pronto... Un prodigio, una actriz de genio.

PACO. ¿Es que Pacita, mamá, estaba enamorada de don Antonio?

MANO. Enamorada, enamorada... Podía estarlo; don Antonio tenía un tipo arrogante y además era el más grande actor de España. ¿Quién no había de sentir entusiasmo por don Antonio?

PACO. ¿Pero don Antonio correspondía a Pacita?

MANO. Mira, Paquito: ésas son cosas que a ti no te deben interesar.

PACO. ¿Por qué no, mamá?

MANO. Pacita, desde aquella noche, fué una gran actriz.

PACO. Es una gran actriz y es muy buena.

MANO. Buena de veras. Un gran corazón.

PACO. Ha querido siempre a don Antonio.

MANO. Ha sido agradecida.

PACO. ¿Tú crees, mamá, que es ella quien socorre a don Antonio?

MANO. No sé. Don Antonio vive con nosotros. Aquí está atendido por nosotros como si estuviera en su casa. No tiene a nadie en el mundo; pero a él no le falta nada.

PACO. Mejor que tú lo cuidas no lo cuidaría nadie.

MANO. Lo cuido por simpatía hacia él. Si fuéramos ricos, yo ese dinero que trae todos los meses el doctor Perales no lo tomaría.

PACO. ¿Y no crees tú que es Pacita quien manda ese dinero al doctor Perales para que te lo entregue a ti?

MANO. Yo no quiero saber nada, Paquito. ¡Que no fuera yo rica! Pero ¿qué tenemos nosotros desde que me retiré de la escena? Ya sabes cómo vivimos; más modestamente no podemos vivir.

PACO. Pero yo debutaré pronto, mamá.

MANO. Tú debutarás y serás un gran actor. Tú, Paquito, eres mi esperanza. Y teniendo tan buen maestro como don Antonio...

PACO. Don Antonio cree que con las lecciones que él me da paga el hospedaje en esta casa.

MANO. No sé si él se figurará eso.

PACO. Pero él sospechará...

MANO. ¡Cómo no ha de sospechar! Don Antonio no olvida a Pacita, ni Pacita se olvida de él.

PACO. Le ha escrito muchas cartas desde América. ¡Y olían tan bien!

MANO. ¿Te has fijado en el perfume de las cartas de Pacita?

PACO. Sin proponérmelo, mamá. ¿Viene pronto Pacita?

MANO. Hace dos días, ya lo sabes, que ha desembarcado en Cádiz.

PACO. ¿Va a venir en seguida a Madrid?

MANO. Creo que piensa hacer una temporada corta en Andalucía; después vendrá a Madrid.

PACO. ¡Qué placer el trabajar con una actriz así!

MANO. ¿Querrías tú trabajar con Pacita Durán?

PACO. ¡Qué felicidad!

MANO. Don Antonio me habla bien de ti.

PACO. ¡Si don Antonio tuviera vista y pudiera enseñarme del todo!...

MANO. Sin vista hace lo que puede; él no puede ver tus gestos, tus movimientos; pero su gran inteligencia hace que se los imagine; cuando te está dando lecciones es como si te estuviera viendo.

PACO. No puedes figurártelo. Muchas veces me asombra. "No, no—me dice—, no pongas la cara así: ese movimiento no es como tú lo haces." Y yo digo: ¿cómo hará para adivinar lo que yo hago?

MANO. El se fija en el tono de la voz.

PACO. Por la voz conoce él todo lo que se hace. *(Entra el doctor Perales.)*

DOCT. ¿Se puede pasar? ¿Cómo vamos?

MANO. Bien, bien, doctor.

DOCT. ¿Qué dice este mozo? ¿Cómo estás?

PACO. Perfectamente, doctor.

DOCT. ¿Noticias?

MANO. Nada, doctor.

DOCT. ¿Y don Antonio?

MANO. En su cuarto. Ha salido esta tarde, a primera hora con el chico que le acompaña, y se ha retirado luego.

DOCT. ¿Qué hace en su cuarto?

MANO. Lee: ha comprado un libro de ciegos, un libro de poesías... Y lee y lo vuelve a leer. Ya se sabe muchas de memoria.

DOCT. ¿Le hace falta algo? ¿Necesita algo?

MANO. Nada. Tiene todo lo que desea. Vive contento, satisfecho, en una perfecta tranquilidad.

DOCT. Nadie podía sospechar que llevase tan resignadamente su desgracia. Si necesita algo, si desea algo, dígamelo usted. No vacile. No debe faltarle nada a nuestro querido don Antonio.

PACO. ¡Qué generoso es usted, doctor!

MANO. Sí. ¡Tiene un corazón...!

DOCT. ¿Yo, generoso? Ea, no quiero llevarme una fama que no me corresponde... Perdonen ustedes,

yo vivo de mi trabajo; tengo numerosa familia; si yo pudiera...

MANO. ¿Entonces no es usted, doctor?

DOCT. ¿No soy yo qué?

MANO. ¿No es usted quien atiende a don Antonio?

DOCT. Paquito, ¿y esos estudios?

MANO. Doctor: perdone usted; lo hemos preguntado tantas veces... ¿Es verdad que es Pacita quien atiende a don Antonio?

DOCT. Oiga usted, Manolita.

MANO. ¿Qué quiere usted, doctor?

DOCT. Oiga usted... será preciso... Vamos a ver...

MANO. ¿Ocurre algo? *(Ligera pausa.)*

DOCT. ¿Si ocurre algo? Esta madrugada, a las dos. Tú, Paquito, ni una palabra de esto... ¿Me prometen ustedes reserva?

MANO. Hable usted sin miedo.

DOCT. He recibido un telegrama... ¿Y qué dirán ustedes que decía?

MANO. Dígalo usted.

PACO. Acabe usted, doctor.

DOCT. El telegrama decía: "Llego a las ocho de la mañana. Salga estación." *(Paquito, de pronto, se pone en pie, emocionado.)*

MANO. ¿Pacita?

PACO. ¿Pacita en Madrid?

DOCT. He ido a la estación.

MANO. ¿Traía muchas alhajas?

PACO. ¿Estaba hermosa?

DOCT. ¿Alhajas? Ninguna. Sí, después he visto en sus orejas dos perlas, dos perlas gruesas. Nada más.

MANO. ¿Cómo iba vestida?

DOCT. Vestía sencillamente. La compañía se ha quedado en Sevilla. Ella regresa hoy o mañana.

PACO. ¿Tan pronto?

DOCT. Ha venido sólo para abrazar a don Antonio y volverse a marchar.

MANO. Vendrá muy rica; habrá ganado mucho dinero.

PACO. ¿Venía sola?

DOCT. Venía y no venía sola. No les he contado a us-

tedes lo mejor, es decir, lo mejor, no; lo mejor es el regreso de Pacita; pero lo otro es bueno también. Bueno, claro, según se mire.

MANO. ¿Cuál es lo otro?

DOCT. Lo otro es... yo estaba en el andén: hablaba con Pacita, de pronto siento que me abrazan por detrás; me vuelvo, y era Pepe Vega quien me abrazaba.

MANO. ¿Ha venido don José también?

PACO. ¿Ha venido el gran poeta?

DOCT. En el mismo vapor que Pacita, y luego, a Madrid, en el mismo tren.

MANO. ¡Ocho años fuera de España!

DOCT. Sí, ocho años. Se fué antes de que don Antonio perdiera la vista.

MANO. ¿Trae dinero?

PACO. ¿Nada?

DOCT. ¿Dinero? Se fué para buscar un poco de dinero, para trabajar... Y, nada; nada, lo mismo que siempre.

MANO. ¿Qué ha hecho al verle a usted?

DOCT. Nos hemos mirado en silencio. No sabíamos lo que decir. Luego, si no estamos en la estación, yo creo que hubiéramos llorado.

PACO. ¿Y Pacita qué decía?

DOCT. Pacita reía... para no llorar.

MANO. ¿Ha preguntado por todos?

DOCT. Por todos... Silencio, un poco de silencio...

MANO. Silencio, ¿por qué?

DOCT. Pacita vendrá esta tarde. La he informado de todo lo que hace don Antonio. Vida metódica. A las seis de la tarde, en punto, la lección a Paquito. "¿La lección a Paquito?", ha preguntado Pacita.

PACO. ¿Ha preguntado eso, doctor; es verdad?

DOCT. Lo ha preguntado. Tiene una memoria prodigiosa; se acuerda de todo. Dice que lee una vez el papel y que no necesita leerlo más. Ha preguntado también por don Joaquín Ontañón, nuestro gran actor cómico.

MANO. ¿Y va a venir a ver a don Antonio?

PACO. ¿Vendrá, doctor?

DOCT. Vendrá esta tarde, ahora mismo, dentro de media hora. Quiere llegar en el momento en que don Antonio esté dándole la lección a Paquito. Don José vendrá también. Ella entrará sin decir nada. Desde la puerta presenciará la lección... ¿Un poco teatral esta escena, eh?

MANO. La pasión por el teatro.

DOCT. La tenemos todos.

PACO. ¿Vendrá a las seis?

DOCT. Vendrá a las seis; sin que sepa nada don Antonio, ella hará su entrada en escena. Nosotros estaremos callados. Tú, Paco, no interrumpas la representación. Pacita estará en la puerta; tú sigues representando. ¿Lo has entendido?

PACO. Lo he entendido.

DOCT. ¿Don Antonio está en su cuarto? Voy a verle. Silencio, reserva, mucha reserva. *(Se marcha el doctor. Se oye fuera, en el pasillo, la voz de Ontañón. De cuando en cuando, una carcajada femenina.)*

ONTA. ¡Eh! ¿No se puede entrar en este castillo encantado? ¡Eh! ¿Quién es la castellana linda de este castillo?

MANO. Ya está ahí Ontañón.

PACO. Y haciendo diabluras, como siempre.

MANO. Ontañón es un niño grande; siempre lo ha sido.

PACO. Voy a ver lo que hace; habrá ido a la cocina.

MANO. Estará imaginando alguna extravagancia. No puede ser que él no haga todas las tardes algo suyo. *(Se marcha Paco. Manolita se levanta. Va hacia un espejo, se contempla un instante, coge una fotografía de Pacita que hay sobre la mesa, contempla el retrato, se vuelve después a mirar al espejo, comparándose con la fotografía; se arregla los rizos de la frente, se pasa la mano con suavidad por la cara. Torna a compararse con el retrato. Al cabo, levanta los hombros y arquea las cejas con un gesto de resignación. Vuelve a Paco.)*

MANO. ¿Qué hace Ontañón?
PACO. Está de rodillas ante la muchacha. Trata de convencerla de que ella es una hermosísima princesa y le hace una declaración romántica.
MANO. ¡Qué hombre!
PACO. Es un gran actor.
MANO. Lleva el arte en la masa de la sangre. Para él es teatro el mundo entero; comienza la función por la mañana y la acaba al acostarse.
PACO. Tiene un temperamento de actor como yo no lo he visto nunca.
MANO. Y un gran corazón.
PACO. ¡Qué hombre tan alegre!
MANO. Nadie ha visto triste nunca a Ontañón.
PACO. Ya viene.
MANO. Se habrá caracterizado como otras tardes. *(Se oye la voz de Ontañón.)*
ONTA. ¡Trapero, traperito de Madrid!... ¡Trapero!... *(Entra Ontañón representando el tipo de un trapero.)*
ONTA. Trapero... ¿Quién vende sombreros, pantalones, chalecos, levitas?... Trapero... Traperito de Madrid... Nacido en las cuatro calles... una mañana de abril... Las rosas daban su olor... El cielo era como añil...
MANO. Pero Joaquín, ¿siempre con tu tema?
PACO. ¡Bravo, don Joaquín!
ONTA. Señora, a los pies de usted.
MANO. Oiga usted, don Joaquín.
ONTA. Oigo, reverente, y a sus pies.
MANO. Vamos; ahora, en serio.
ONTA. ¿En serio? ¡Favor, socorro, que me matan, que me asesinan!
MANO. Pero, Joaquín, ¿no se te podrán decir dos palabras en serio?
ONTA. ¿Dónde estoy? ¿Qué me sucede? ¡Ay de mí! ¡Me quieren condenar a oír una cosa en serio!
MANO. Mira, Joaquín, ocurre que...
PACO. Mamá, ¿se lo vas a decir?
MANO. Es preciso que lo sepa; pero él no se lo dirá a nadie.

ONTA. No se lo diré a nadie, lo prometo. ¿De qué se trata?
MANO. Pacita...
PACO. Sí, Pacita...
ONTA. Lo supongo, lo preveo, lo adivino, lo atisbo, lo barrunto, lo sospecho. Pacita ha venido a Madrid.
MANO. Justo, cabal.
PACO. Pacita ha llegado esta mañana a Madrid.
MANO. Y estará aquí dentro de un momento.
ONTA. ¿Pacita en Madrid? ¿De regreso de América? Treinta baúles, cincuenta sombrereras, siete doncellas, cajas de alhajas, billetes del Banco... ¡Oh, la vida, la vida! ¡Bien por nuestra Pacita! ¿Te acuerdas tú, Paco? Tú eras muy niño. Tú no has conocido a Pacita de meritoria en la compañía de don Antonio.
PACO. Sí, sí; la he conocido; me acuerdo mucho.
MANO. Y es preciso, Joaquín, que cuando llegue a la casa Pacita, no digas nada.
ONTA. ¿Que no diga yo nada?
MANO. Ella entrará sin que lo sepa don Antonio. Quiere verle cuando está dando la lección a Paquito.
ONTA. ¿Comedia del arte? Estoy en mi elemento.
MANO. Pacita estará en la puerta viendo cómo Paco da su lección. Después...
ONTA. Teatro. ¡Viva el teatro!
MANO. Lo hemos convenido así con el doctor Perales. El doctor está ahí dentro con don Antonio.
ONTA. ¡Qué ganas tengo de ver a Pacita!
PACO. ¡Y yo también!
ONTA. ¿Tú también, rapaz? Pacita es hoy la primera actriz española. En lo trágico, ¡eh!, en lo trágico. ¿No es Ontañón el primer actor cómico del planeta? Trapero, traperito de Madrid... *(Se oye la voz de don Antonio dentro.)*
VALD. ¡Joaquín, Joaquín! Ya te oigo, allá voy.
ONTA. Ya sale el maestro. *(Entra don Antonio y el doctor Perales.)*

VALD. Tú siempre viviendo tus papeles... ¿Qué papel has representado esta tarde?

ONTA. ¡Trapero!... ¡Traperito de Madrid!

VALD. Muy bien, Joaquín, siempre en el teatro. ¿Es que puede haber algún artista, verdadero artista que no esté siempre, a todas horas, pensando en su arte, diciendo su arte? Paquito, ya estamos dentro de la lección del día. Doctor, Manolita, un momento de silencio. El arte debe ser para el artista su constante cuidado. ¿Qué crees tú, Paco, que es el arte del actor?

PACO. ¿El arte del actor?

VALD. Sí, nuestro arte. ¿Crees tú que es cálculo e inspiración?

PACO. Estudio, estudio siempre, don Antonio.

VALD. Y usted, doctor, ¿qué cree?

DOCT. Estudio... y un poquito de otra cosa.

VALD. Eso es; un poquito de otra cosa; pero ese poquito de otra cosa no es cosa humana, sino divina. El pleito es antiguo; ya lo sabéis. El actor, dicen unos, debe hacer sus papeles por cálculo. El actor, contestan otros, debe fiarlo todo a la inspiración. Y ni una cosa ni otra. Es decir, las dos cosas. Todos los grandes actores han sido las dos cosas. Vais a verlo. Yo voy a representar un papel; he de empaparme de ese papel, he de compenetrarme con él, he de profundizar en él todo lo que pueda. Y para crear ese tipo que un poeta ha imaginado, iré por las calles, asistiré a las tertulias, frecuentaré toda clase de gentes. En suma, observaré atentamente con minuciosidad los gestos, los movimientos, los ademanes, las inflexiones de voz del personaje que he de representar. Y ya me he empapado de realidad. Ya está mi espíritu lleno, henchido, de pormenores reales. La noche de la representación llega. Me llama el traspunte. Minuto solemne, terrible, siento una profunda emoción, y entro en escena... Entonces todo se me olvida. Los pormenores de la realidad están en el fondo del espíritu, pero

yo voy hablando, hablando... No sé lo que hago. Una vibración nerviosa me conmueve todo. Siento angustia y placer al mismo tiempo. Sin saber nada, sin darme cuenta de nada, de pronto lanzo un grito, hago un gesto, un ademán, que electrizan al público, que le emocionan y que le hacen aplaudir calurosamente... ¿Sabía yo al entrar en escena que iba a realizar ese gesto? No. ¿Sabía que tal frase iba a decirla con una entonación que ha llenado de horror trágico a los espectadores? No; de ningún modo. No; la realidad ha surgido porque estaba acopiada, almacenada, y, por encima de todos los pormenores de la realidad ha ido aleteando, mariposeando la inspiración. Y eso es todo.

DOCT. ¡Bravo, bravo!

MANO. ¡Qué bien! ¡Qué gran actor!

PACO. ¡Oh, maestro, qué bien dicho!

ONTA. Admirable, Antonio.

VALD. No, no; gran actor, no. No habléis de mí. ¡Gran arte, el de Pacita!

MANO. Pero Pacita se lo debe todo a usted.

VALD. Pacita se lo debe todo a sí misma. ¡Cuánto habrá adelantado en esos cuatro años de América!

PACO. Dicen que es una actriz formidable.

VALD. Lo creo. El arte de Pacita es lo que acabo de decir; estudio e inspiración. La inspiración la componen las cosas imprevistas. ¿Es que un poeta que comienza a escribir sabe todo lo que va a expresar después? Lo imprevisto es lo más gustoso, lo más exquisito del arte.

DOCT. Yo creo que en Pacita hay más estudio que inspiración.

VALD. Es un error, doctor. ¿Queréis que os diga cómo es el arte de Pacita Durán? Pacita Durán no es la misma en la primera representación que en las otras. No; en el intervalo de la primera a la segunda representación, la actriz ha ido trabajando, no ha dejado de pensar en el personaje representado. Y la segunda vez que

hace ese papel es ya otra. Ha añadido ya más cosas al personaje. Los detalles son muchos más. La realidad es más vivaz, más auténtica... Y la tercera noche, todavía el relieve y el color suben de punto. Un espectador que haya ido siguiendo a Pacita de una noche a otra, podrá decir que siendo admirable la actriz en la primera representación es ya otra distinta en las noches sucesivas.

DOCT. Esa era la gran actriz francesa Rachel, don Antonio. Así trabajaba, según dicen.

VALD. Exactamente. Así han sido algunos grandes actores.

PACO. Lo notable en Pacita, don Antonio, es su manera de representar los personajes de las obras clásicas.

DOCT. Los periódicos de América insisten mucho en ese punto.

VALD. El secreto de Pacita es un secreto a voces. Paco, atiende esto. El secreto de Pacita en las representaciones clásicas es muy sencillo. Pacita pone un alma nueva, de ahora, en los personajes antiguos. Y no hay más. ¿Comprendéis todo el alcance de la innovación? La psicología humana es lo mismo ahora que hace mil años. Se sienten ahora como hace mil años el amor, el odio, los celos, la ambición. Los trajes antiguos importan poco. Por debajo de los trajes están las pasiones, los sentimientos, los afectos, que son iguales a los de ahora...

PACO. Pero eso es lo que usted hacía.

ONTA. Eso es tuyo, Antonio.

VALD. No habléis de mí. Pacita no le debe nada a nadie. Es única, genial.

PACO. ¡Qué actriz tan grande!

MANO. Caprichosita.

VALD. ¿Has dicho caprichosita?

MANO. A veces tiene unas cosas...

VALD. Como todos los artistas de genio. ¿Es que el artista puede amoldarse a la pauta común?

MANO. Es que a veces Pacita tiene unas extravagancias.

VALD. ¿Extravagancias?

MANO. Buena, sí; gran corazón, pero un poquito extravagante.

VALD. No, no.

PACO. No, mamá; de ningún modo.

DOCT. Rarezas, rarezas que tenemos todos.

VALD. Ea, a la lección práctica. Ya hemos divagado bastante. La teoría sin práctica no es nada. Quedamos ayer en la escena quinta del acto tercero de *El Trovador*. ¿No es eso? ¿La has estudiado bien?

PACO. Sí, don Antonio...

VALD. Ya sabes la situación. Leonor está en la celda de un convento; se oye de pronto fuera la canción del trovador. Leonor escucha ansiosa, emocionada. Bueno, vamos a tu salida...

PACO. Te encuentro, al fin, Leonor.

VALD. ¡Huye! ¿Qué has hecho?

PACO. Vengo a salvarte, a quebrantar osado
los grillos que te oprimen, a estrecharte
en mi seno, de amor enajenado.
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar, hermosa, mi esperanza,
y que extasiada de placer me miras...

VALD. Un momento; un poco más de ímpetu, de pasión; ten en cuenta que ése es tu amor primero, un amor apasionado, de adolescente. Tú debes querer como se quiere en el primer amor. Vamos allá.

PACO. Vengo a salvarte, a quebrantar osado
los grillos que te oprimen...
(Aparece Pacita en el fondo, en el comedorcito; Manolita, Ontañón y el doctor Perales, que estaban sentados, se levantan en silencio al verla, atraídos irresistiblemente por su presencia: Paco se detiene y la contempla extasiado. Pacita, conmovida, les hace señas que callen.)

VALD. ¿Por qué te detienes? Sigue. *(Pacita hace señas a Paco para que continúe.)*

PACO. *(Sin apartar la vista de Pacita.)*
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras...

VALD. ¿Qué te pasa, Paco? Es raro; no sé lo que me sucede a mí también. Continúa.

PACO. ... que respiras
para colmar, hermosa, mi esperanza...

VALD. No te conozco hoy, Paco. Se dice así:
Vengo a salvarte, a quebrantar osado
los grillos que te oprimen.
No puedo, no puedo. Yo he sentido algunas veces en la vida una influencia extraña. Sin saber por qué, me he sentido a veces paralizado. No puedo, no puedo; ¿es que mi inteligencia flaquea? No lo creo; no estoy enfermo, y, sin embargo, siento un estremecimiento nervioso... Es una cosa rara, una sensación extraña, mi cuerpo todo vibra. *(Siguen las señas entre Pacita y los demás personajes. Pacita llora y se limpia los ojos con el pañuelo. Los demás personajes le dicen que ya basta y que se retire. La actriz se retira de la puerta.)*

DOCT. Tranquilidad, don Antonio, tranquilidad.

VALD. ¿Qué sucede aquí? ¿Y este perfume de mujer que antes no había? Lo percibo, lo percibo bien. Estoy ciego, pero mis otros sentidos se han agudizado. Aquí percibo ahora un rastro de mujer. ¡Es Pacita! ¡Pacita está aquí! ¡No juguéis conmigo! ¡Por favor! ¡Compasión, piedad!

DOCT. ¡Calma, don Antonio!

ONTA. Te diré, Antonio.

DOCT. Ha de llegar, en efecto, de un momento a otro.

VALD. ¡Cómo! ¿Sabíais que estaba en Madrid y me lo ocultabais? ¿Qué es esto?

DOCT. Sí, está en Madrid.

VALD. ¿Y me lo ocultabais? ¡Esto es intolerable, esto es una farsa indigna! ¡Compasión, compasión

para el pobre ciego, para el pobre artista caduco! Piedad, piedad.

ONTA. Vamos, Antonio, por Dios.

DOCT. No, no, don Antonio. Un poco de sosiego.

VALD. ¡Es una farsa indigna! ¡No lo tolero! Sí... haced lo que queráis. Soy un viejo; soy un pobre. Haced de mí lo que queráis.

ONTA. Antonio, Antonio. Calma, calma.

VALD. Pacita está aquí, aquí en esta casa. ¡Pacita, Pacita! *(Entra Pacita precipitadamente, sollozando y se dirige a Valdés.)*

PACI. ¡Don Antonio!

VALD. ¡Pacita! *(Se abrazan y permanecen abrazados un instante. Pausa.)* ¡Me habéis engañado! ¡Me habéis engañado todos!

PACI. Perdón, perdón .

VALD. Traicionera, traicionera.

PACI. Perdón, perdón. He querido contemplar a usted en silencio; contemplar cómo daba usted la lección. He querido ver de qué modo era usted el gran actor de siempre, Joaquín, Paco...

VALD. Te perdono, te perdono.

PACI. ¿Cómo estáis todos?

VALD. ¡Qué comedia! ¡Qué angustia!

PACI. Todo teatral.

ONTA. Teatral.

VALD. Ven, ven a mi lado, Pacita. *(Le da una cajita que Manolita abre y de la que saca un broche de brillantes.)*

VALD. ¡Cuéntame tus proyectos!

PACI. He de hacer una temporada en Andalucía, una temporada corta. Después vendré a Madrid. Regreso esta noche a Sevilla.

VALD. ¿Esta noche, tan pronto?

PACI. Sólo he venido por ver a usted, don Antonio. Le veo bueno, fuerte. Y le he visto a usted representar hace un momento maravillosamente.

VALD. ¿Representar? ¿Quién se acuerda del teatro?

PACI. ¿Que quién se acuerda del teatro? Usted no puede dejar de ser el gran actor de siempre.

VALD. Yo ya pasé.

PACI. No ha pasado usted, don Antonio.
VALD. ¿Qué quieres decir con eso, Pacita?
PACI. ¿No siente usted la nostalgia de la escena?
VALD. Pacita, Pacita, tú estás avivando sin querer mi íntima tristeza.
PACI. Sin querer, no; queriendo.
VALD. ¿Queriendo? ¿Tú te alegras de que yo vuelva a pensar en el teatro y me entristezca por no poder trabajar?
PACI. Pero es que va usted a trabajar.
VALD. ¿Trabajar yo?
ONTA. ¿Trabajar Antonio?
MANO. ¿Trabajar don Antonio?
PACI. Sí, sí, trabajar; trabajar en una gran función que yo preparo.
VALD. Vamos, Pacita, seriedad.
PACI. Seriedad, sí. Yo preparo esa gran función y usted ha de trabajar en ella. Representaremos el *Edipo*.
VALD. ¡Oh, el *Edipo*, la tragedia en que tú te revelaste como una gran actriz!
PACI. La tragedia que desgraciadamente puede usted representar ahora con toda propiedad.
VALD. Es verdad, Pacita. Pero ¿tú crees?... ¿Crees tú que yo puedo?... Puedo volver... volver a trabajar.
PACI. Lo creo, don Antonio.
VALD. La tentación es fuerte; la pasión por el teatro me domina.
PACI. Sí, sí, don Antonio. Usted vuelve al teatro; vuelve usted por una noche o por varias. La representación de ese *Edipo* será una cosa maravillosa. Yo estoy viendo ya la emoción de los espectadores.
VALD. Y yo estoy ya emocionado. ¿Volver yo al teatro? "¡Hija de un viejo ciego, Antígona!"
PACI. "Padre mío afortunado..."
VALD. ¿Y cuándo será esa representación?
PACI. Esa representación será en honor de don José Vega.
VALD. ¿Ha venido Pepe? ¿Está en Madrid?

PACI. Y es extraño que no se encuentre ya entre nosotros.

VALD. ¿Cómo está? ¿Ha venido contigo? ¿Cómo viene?

PACI. Viene bien; fuerte, sano; pero estaba deseando volver a España. Ha estado por allá seis u ocho años.

VALD. Se marchó antes de ocurrirme a mí la desgracia. ¿Una función en su honor? Es decir, un beneficio. Un beneficio, ¡Dios mío, Dios mío!

PACI. Sí, en su honor, en honor del gran poeta.

VALD. Un beneficio. ¿Pepe está pobre? ¿Está pobre como antes de marcharse? ¡El más grande poeta de España está pobre! ¡Pobre y viejo! Comedia, tragedia del arte... *(Aparece don José en la puerta. Se detiene un momento en el umbral con la cabeza baja, los brazos caídos y las manos juntas. Lleva puesto el ancho sombrero. Asoman por debajo las largas melenas. Pausa ligera. Don José se quita el sombrero con un ademán solemne y avanza silenciosamente.)*

PEPE. Decíamos ayer...

VALD. ¡Pepe!

PEPE. ¡Antonio! *(Se abrazan.)*

ONTA. ¡Gran poeta!

PEPE. Señores, paz para todos.

VALD. No me habías visto ciego.

PEPE. Y tú ahora no puedes verme a mí, Antonio.

VALD. No puedo verte

PEPE. No puedes ver este pelo mío, que está blanco.

VALD. Somos viejos y estamos como cuando éramos niños.

PEPE. ¡Y qué importa que seamos pobres!

VALD. No deseamos nada. Nosotros vivimos como entre sueños.

PEPE. Y tenemos piedad para quienes no pueden comprendernos.

VALD. Y queremos estar con nuestra pobreza por encima de las sordideces de la vida.

PEPE. Y deseamos desdén para todo lo que no sea nuestro ideal.

VALD. Y sólo pedimos un poco de cordialidad a los compañeros.
PEPE. Y con ese poco de cordialidad somos felices.
PACI. Sí, cordialidad, cordialidad, todos en el arte, como hermanos.
MANO. ¿Y cuándo será esa función, Pacita?
PACI. Don Antonio representará el *Edipo en Colona*.
PEPE. ¿Tú, Antonio?
VALD. Sí, yo, en una función en tu honor. Por ti lo hago yo todo.
PEPE. Pacita, divina Pacita...
VALD. Otra vez el *Edipo* y ciego de veras. ¡A escena, a escena! "Hija de un viejo ciego, Antígona."
PACI. "Edipo, padre afortunado."
VALD. ¡En escena, en escena! ¡Siempre en escena!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Cortina o telón en primer término; se supone el saloncillo de un teatro. La puerta adonde llaman, invisible. Sólo un diván. La mutación ha de ser al final sin bajar el telón, haciendo la oscuridad en la escena. En este acto, Vega, el doctor Perales, Ontañón y Paco visten de smoking.

(Al levantarse el telón entra Paquito rápidamente y se pone a arreglar el diván. Voces y ruido, fuera.)

VOCES. ¡Aquí, aquí!
PACO. ¡Despacio! *(Entran dos mozos del teatro, trayendo a don Antonio Valdés desvanecido. Viste el actor traje de Edipo, en la obra de Sófocles. Entran también el doctor Perales, Pacita y Manolita.)*

DOCT. Despacio, despacio... Ponerlo ahí, en el diván.
PACI. Así, con suavidad, que descanse la cabeza en alto.
DOCT. Y que no entre nadie. Cerrad la puerta.
PACI. ¿Qué le parece a usted, doctor?
DOCT. Lo que he dicho: un desvanecimiento. El pulso está bien.
MANO. ¡Qué desgracia!
DOCT. No exageremos; un ligero desvanecimiento. Se recobrará en seguida .
PACO. Yo estaba entre bastidores y lo he visto caer.
MANO. Yo también. He visto cuando se llevaba las manos a la cabeza y caía al suelo.
PACI. ¡La mía sí que ha sido emoción! Dos emociones; primero, cuando le he oído que comenzaba a decir cosas que no estaban en el papel; después, cuando lo he visto desplomarse.
MANO. Y el efecto en el público ha sido terrible.
PACI. ¿Cuánto tiempo hemos estado representando? Yo creo que no han pasado sino unos pocos minutos y me han parecido un siglo. *(Llaman a la puerta.)*
MANO. ¿Quién es?
DOCT. No se puede entrar.
MANO. Un momento, un momento; saldremos en seguida. *(Se oye la voz de Pepe.)*
PEPE. Soy yo, Pepe Vega; abrid. *(Abren y entra Pepe Vega.)* ¿Y Antonio? ¿Cómo está? ¿Que ha sido?
DOCT. Un poco de calma. Ya va recobrándose, no tardará en estar completamente bien.
PEPE. ¡Qué lástima! ¡No he visto nunca una cosa semejante! ¡Qué manera de representar!
PACI. De representar lo que no estaba en el papel.
PEPE. Gesto y entonación de terrible tragedia, como no los he visto yo nunca.
PACI. ¿Dónde estaba usted?
PEPE. En las butacas; quería ver desde fuera, desde la sala, el arte de Antonio. No lo he visto nunca como esta noche. Qué manera de entrar en escena, de hablar, de accionar.

PACI. ¿Y usted qué ha sentido cuando, a los pocos momentos de comenzar, ha visto que don Antonio hablaba por su cuenta?

PEPE. He sentido vértigo.

PACI. Pues figúrese usted mi asombro y mi desorientación. ¡Pobre don Antonio!

DOCT. Un poco de calma... El pulso está bien, no tardará en volver en sí.

PEPE. ¿Podrá seguir la representación?

DOCT. Ahora lo veremos.

PACI. La representación se puede aplazar para otro día.

DOCT. Veremos, veremos... ¡Don Antonio!

MANO. ¿Cómo se encuentra usted, don Antonio? *(Pausa.)*

VALD. ¡Pacita, Pacita!

PACI. Vamos, don Antonio, ánimo, no ha sido nada.

VALD. ¿Quién está aquí? ¿Y Pepe?

PEPE. Aquí estoy, Antonio; no te preocupes, todos estamos aquí.

DOCT. No ha sido nada, don Antonio. Ya se encuentra usted bien; un poco de valor.

VALD. ¿Valor? ¿No lo he tenido para hacer en escena lo que he hecho?

PEPE. Y ha sido formidable, magnífico.

VALD. Contadme, contadme; yo no me he dado cuenta de nada. La sala estaba soberbia, ¿verdad?

PEPE. Brillantísima. La gente de pie en los pasillos, en los palcos, entre las butacas.

VALD. Pero cuando se ha levantado el telón ¿qué ha sucedido?

PEPE. Un silencio profundo.

VALD. Sí, sí; no es eso. La impresión íntima del público, la impresión verdadera, ¿cuál ha sido?

DOCT. No se excite usted, don Antonio, un poco de calma.

VALD. Estoy bien, doctor.

DOCT. ¿Bien del todo?

VALD. ¿No lo ve usted? "Hija mía, Antígona." ¿Pero es que creen ustedes que aun estando yo muriéndome no iba a seguir representando?...

DOCT. No se excite usted, don Antonio; un poco de serenidad.

VALD. Me encuentro mejor que antes; no tengo ya nada.

PACI. La emoción ha sido terrible.

VALD. Sí, la emoción hacía vibrar todo mi cuerpo.

PACI. Yo no sabía qué contestar a usted cuando ha empezado a decir cosas que no estaban en el papel.

VALD. Cuando he salido a escena, después de decir las primeras frases, la emoción ha hecho que me olvidara de todo. No veía el público, pero sentía su presencia. Y era algo así como si me fueran apretando el corazón. Me sentía yo en ese momento visto, observado con ansiedad por la muchedumbre. Entonces he pensado en todo lo que es la vida del actor; en nuestros dolores, en nuestros infortunios... Y todo eso lo he ido diciendo, impetuosamente.

PACI. Sí, sí, don Antonio; hablaba usted con un ímpetu formidable. Yo estaba emocionadísima.

VALD. Sí, sí, Pacita, yo no podía verte, pero te sentía llorar. El silencio era profundo. Nunca he tenido ante ningún público esa impresión de silencio. Y yo iba hablando, hablando; no me daba cuenta de nada. Sin embargo, ha habido un momento en que sentía confusamente que me hallaba en el trance más decisivo de mi vida. Después de tantos años sin representar, volvía a la escena y era ahora cuando me despedía realmente del público. Tú, Pacita, ¿por qué llorabas?

PACI. Lloraba sin poderlo remediar. Y miraba al público, que seguía anhelante la representación. Yo me sentía abrumada, no sabía qué contestar al parlamento de usted, don Antonio. Y veía acercarse el momento en que yo tenía que replicar. Algunos espectadores se habían puesto en pie. Había señores en los palcos y en las butacas que lloraban.

VALD. ¿Lloraban?

PACI. ¿Cómo iba a terminar esta escena única? De pronto estalló en la sala un formidable aplauso, y yo le vi a usted vacilar, llevarse las manos a los ojos y caer desplomado.

VALD. ¿Llevarme las manos a los ojos? ¡Oh, sí, he querido ver, contemplar esa muchedumbre que me aplaudía! ¡Y era imposible! ¡No podía salir del fondo de las tinieblas en que vivo, no podía ver un minuto nada más, un segundo nada más, ese público que me aplaudía, que aplaudía a un pobre artista.

PACI. No, no hable usted así.

PEPE. Pobre artista, no; gran artista, magnífico artista. *(Se oye la voz de Ontañón.)*

ONTA. Abrid, abran ustedes.

DOCT. ¿Quién es?

MANO. ¿No podéis esperar un poco?

ONTA. Abrid, soy Ontañón.

VALD. Abrid a Joaquín. *(Entra Ontañón.)*

ONTA. ¿Y Antonio? ¿Y Antonio?

VALD. ¿Qué hay, Joaquín?

ONTA. ¿Estás bien? ¿Bien del todo?

VALD. Ya estoy bien.

ONTA. ¡Qué susto me has dado! Y ¿qué hacemos? El público espera. He hablado con todos. Hay una gran ansiedad.

VALD. ¿Qué decían en la sala?

ONTA. Cuando se ha levantado el telón ha habido un momento de duda, nada más que un momento.

VALD. ¿De duda? Habla, Joaquín.

ONTA. Un momento de duda, de malestar.

VALD. ¿De malestar? No me habíais dicho nada.

ONTA. De malestar, de inquietud por ti. Creían que no ibas a poder desempeñar tu papel después de tanto tiempo alejado de la escena.

VALD. ¿Creían eso? Y vosotros, ¿qué creéis?

PACI. El triunfo ha sido inmenso. Lo pasado, pasado.

VALD. ¡Ah, no creían en mí! ¡Me veían ya decadente, incapaz para representar un papel!

ONTA. Antonio, no te atormentes. Ha sido nada más

que un momento. Desde el instante en que has comenzado a hablar ha cambiado todo.

MANO. Un éxito nunca visto.

ONTA. Es verdad. Pero ¿qué hacemos? El público espera.

PACI. ¿Qué hacemos, don Antonio?

VALD. Que siga la representación.

PACI. ¿Comenzaremos otra vez?

VALD. Hay tiempo; no habíamos representado sino el principio de la obra; debemos comenzar.

PACI. ¿Qué dice usted, doctor?

DOCT. No hay inconveniente. Don Antonio puede trabajar si quiere.

VALD. ¿Si quiero? Con todo entusiasmo. Mientras tenga un soplo de vida. ¡Acabado! ¡Decadente! Veremos. Veremos.

DOCT. Calma, don Antonio.

PACI. ¡Por Dios!

VALD. ¡A escena! ¡A escena! *(Se marchan. Quedan en la puerta, los últimos, Pepe y Paco.)*

PACO Un instante nada más, don José.

PEPE. ¿Qué quieres, Paco?

PACO. Perdóneme usted.

PEPE. ¿Qué te pasa?

PACO. Le ruego que me perdone.

PEPE. ¿No vienes al escenario?

PACO. Quisiera hablar con usted un minuto.

PEPE. Pero ¿ahora?

PACO. Sí, ahora.

PEPE. Ven a levantar el telón.

PACO. No puedo sufrir más.

PEPE. ¿Qué dices?

PACO. ¿Usted sabe que Pacita Durán va a dar una representación de *El mágico prodigioso?*

PEPE. Sí, lo sé.

PACO. ¿Sabe usted que soy un admirador entusiasta de la Durán?

PEPE. Lo sospecho.

PACO. ¿Y no sospecha usted mi pretensión?

PEPE. Estoy impaciente, Paco; dí lo que tengas que decir en dos palabras.

PACO. En dos palabras: yo quiero debutar con la Durán.

PEPE. ¿Tú, debutar con Pacita?

PACO. Lo deseo frenéticamente.

PEPE. ¿Frenéticamente? *(Pausa ligera.)* El mundo, hijo mío, es un teatro. Un teatro en que se representa la misma función desde hace siglos, desde que comenzó a vivir la humanidad. Cambian los personajes, los trajes, las decoraciones; pero la obra es la misma.

PACO. Sí, don José, la misma.

PEPE. Lo que me dices ahora me trae el recuerdo de una escena ocurrida en un jardín, hace años, bastantes años; una joven se acercó a mí y me pidió con ansiedad, frenéticamente, como tú ahora, el debutar en una obra que iba a representar un gran actor...

PACO. ¡Don José!

PEPE. Uno de los actos de esa obra única que se presenta desde hace siglos y siglos en el escenario del planeta, ¿sabes tú cómo se titula?

PACO. ¿Cómo?

PEPE. Se titula *Amor.*

PACO. Usted, tan gran poeta, tan bondadoso, tan fino, sabrá comprenderme.

PEPE. Sí, Paco, te comprendo. El tiempo pasa y la obra es la misma; te comprendo.

PACO. ¡Oh, si yo pudiera trabajar con Pacita Durán!

PEPE. Las cosas recomienzan.

PACO. ¿Oye usted? Parecen aplausos.

PEPE. Un rumor lejano.

PACO. *(Con impaciencia. Ahora, vehemente.)* Pase usted, querido maestro.

PEPE. *(Tranquilamente. Atajando con el ademán a Paco.)* Hay tiempo.

PACO. ¡Estarán ya en escena!

PEPE. Espera un poco; tal vez éste sea el último momento en que pueda hablarte; ya en el torbellino en que vas a entrar lo desdeñarás todo.

PACO. Todo no.

PEPE. Todo lo que no sea tu ideal.

PACO. Y otras muchas cosas, tampoco.

PEPE. ¿Ves esta impaciencia que tú tienes? Yo la he tenido.

PACO. ¿Usted?

PEPE. ¡Claro! ¿Te figuras que no he sido mozo como tú? Yo he pasado por esos momentos de ansiedad, de zozobra, de temor, en que te veo ahora. Te contemplo en estos instantes y evoco mi juventud.

PACO. ¿No oye usted?

PEPE. No es nada; llegaremos a tiempo. Y esos momentos son deliciosos, exquisitos, son los de la espera. La esperanza es acaso más dulce que la certidumbre.

PACO. *(Con viva impaciencia.)* Vamos, vamos querido maestro.

PEPE. ¡Aprisiona, aprisiona esos momentos, que ya no volverán!

PACO. Salgamos.

PEPE. Sí, vamos. Una luz nueva nace para ti; sé feliz, ten fe.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Gabinete en un restaurante. Mesa en que se habrá cenado hace rato. Flores, frutas, botellas. Al fondo, ancho ventanal o galería. En escena todos los personajes de la obra: unos están sentados en divanes y charlan; otros pasean por la escena.

DOCT. ¡Ea, amigos, la última, realmente la última copa de champán! *(No acude nadie a la mesa donde está el Doctor. El Doctor golpea con un cuchillo una botella.)* ¡Ea, caballeros, a beber la última copa!

PEPE. ¡Que llama el doctor!

DOCT. Vamos a beber la última copa. Señores, a la sa-

lud de la gran actriz, que nos ha regalado con esta espléndida cena. *(Acuden todos. Llenan las copas, las chocan y beben.)*

MANO. ¿Qué hora será?

ONTA. Va a amanecer pronto.

VALD. ¿A qué hora sale el sol?

DOCT. A las cuatro y cuarenta y cuatro.

ONTA. Exacto, cronométrico.

DOCT. He visto la hora en el calendario ayer mismo.

VALD. ¿Arranca usted todos los días la hoja del calendario?

DOCT. La arranco y me sale una cana.

PEPE. ¡Cómo pasa el tiempo!

MANO. ¡Qué noche tan larga!

VALD. Larga, ¿por qué?

PEPE. Sí, larga. ¿No habéis observado que cuando pasan muchas cosas en un día parece el día más largo?

DOCT. En cambio, cuando no pasa nada, parece que el día ha sido como un segundo.

PACI. Principió la representación del *Edipo* a las diez y son...

VALD. ¿No oís cantar los gallos?

ONTA. Yo he bebido mucho. Cuando bebo me dan ganas de llorar. ¡Churritos calientes! ¡Ja, ja, ja! ¡Quiquiriquí!

PEPE. ¡Qué bien habéis estado esta noche!

PACI. Y eso que teníamos la impresión triste de lo ocurrido a don Antonio...

PEPE. Es que cuando se está triste se trabaja mejor. Yo siempre he hecho lo menos malo de todo lo mío cuando me sentía triste.

DOCT. ¿Por qué es eso, don José?

PEPE. La tristeza me reconcentraba en mí mismo. El espíritu se recogía en esos momentos. No se desea nada... Lo desdeñamos todo; no nos importa ya nada de la gloria y del mundo. Y entonces, con perfecta independencia, con maravillosa serenidad, se va creando la obra.

VALD. Tú lo has dicho, Pepe; cuando se desdeña todo,

da lo mismo hacerlo bien que hacerlo mal. Y entonces es cuando se hace siempre bien.

PACI. ¡Cuántas supersticiones tenemos! Yo no entro nunca en escena sin conceder todo lo que me piden.

MANO. Yo, antes de salir, había de tocar hierro.

VALD. ¿Sabéis lo que hacía yo? Contaba siempre algo que fuera número par: cuatro sillas, seis luces. ¿Oís? Tocan a misa del alba en una iglesia. Las campanadas son como de cristal y parece que se van desgranando en un calderito de plata.

PEPE. ¿Qué piensas hacer en la temporada próxima, Pacita?

VALD. Si se representara esto dirían que era absurdo e incongruente.

PEPE. Y así es la vida: sin chistes, ni situaciones cómicas.

ONTA. ¡Churritos calientes!... *(Ontañón hace reflexiones con dos botellas de champagne.)* Aún estoy ágil yo. ¿Por qué no me habré dedicado al circo? ¡Quiquiriquí! *(En primer término, Paco habla con don José.)*

PACO. Don José, ¿le ha dicho usted algo a Paz de mi deseo?

PEPE. Pero, Paco, tú comprenderás...

PACO. Yo deseo, ansío, hacer esa obra con la Durán. Vamos, un poquito de piedad para mí... ¿Es que no cree usted que yo soy actor?

PEPE. Calma, calma, Paco, ya hablaremos de eso. *(Paco se aleja hacia el fondo. Avanza Pacita.)*

PACI. ¿Qué dice Paco?

PEPE. ¿No lo adivinas?

PACI. Sí, lo sospecho, lo sé.

PEPE. Y tú...

PACI. Yo... yo me domino. El es un niño.

PEPE. ¿Te dominas? ¿De veras? ¿Toda el alma, todas las energías, todo el entusiasmo, para el arte? ¿Y la vida que pasa? ¿Y la juventud que no vuelve? ¿No sientes el amor?

ONTA. ¡Quiquiriquí!

PACI. Siento... siento algo que no puedo expresar

en este minuto de un amanecer de primavera, cuando brilla todavía el lucero de la mañana... No sé lo que siento, no puedo decirlo...

PEPE. La noche está magnífica.

DOCT. Va a amanecer.

MANO. Está ya amaneciendo.

PACI. Apagad la luz, que gocemos mejor del amanecer. *(Apagan la luz. Campanas.)*

VALD. Pepe, Pepe, ¡qué tristeza no ver la luz! La luz nueva del día. Tú has hecho cosas maravillosas pintando la luz. Sobre todo, la luz suave, melancólica, de los crepúsculos vespertinos, y la luz virginal, pura, de los amaneceres. ¿Queréis ponerme en el balcón, de cara al alba naciente?

PACI. Venga usted, venga usted, don Antonio.

PEPE. Ven, Antonio; yo te pondré ante el horizonte.

VALD. ¿Brilla aún el lucero de la mañana?

PACI. Sí, brilla en el cielo puro. ¡Qué bello es!

VALD. ¿Verdad que parece una bolita llena de agua viva?

PACI. Sí, irradia con una limpieza y un brillo magníficos.

VALD. Yo lo he contemplado muchas veces, cuando después del trabajo de la noche me quedaba estudiando hasta que se hacía de día. ¿Se va haciendo ya de día?

PACI. Se ve una claridad pálida en el horizonte. Ahí abajo hay un jardín.

VALD. Sí, se nota el efluvio de los árboles.

PACI. La claridad del alba se va haciendo mayor.

VALD. ¿Es una luz suave, blanquecina, como lechosa?

PACI. Después se pondrá ligeramente rosado el horizonte.

PEPE. No, no, antes parece como que se tiñe de un ligero color verde.

PACI. ¡Qué bonito es el lucero de la mañana! ¡Quisiera poder alcanzarlo para hacerlo saltar entre mis manos como un brillante!

VALD. ¡Qué felicidad la vuestra! Veis la luz, la luz que

va creciendo, creciendo e inflamando el cielo. *(Va aumentando la claridad diurna.)*

PACI. Una última copa, y a casa. Definitivamente, la última.

MANO. Ya no puedo más.

DOCT. Estoy repleto.

PEPE. He bebido yo solo una botella de champán.

PACI. Verdaderamente, la última.

PEPE. ¡Vaya por la última! *(Se acercan a la mesa. Pacita va llenando las copas, y después, con una en alto, va recitando los versos de Calderón.)*

PEPE. Bebamos por el ideal.

ONTA. Bebamos por el arte.

PACI. No, por el amor.

PACO. Sí, sí, eso es, siempre por el amor.

PACI. ¿Cuál es la gloria mayor
de esta vida?

TODOS. *(A coro.)*
Amor, amor.

PACI. No hay sujeto en quien no imprima
el fuego de amor su llama,
pues vive más donde ama
el hombre que donde anima.
Amor solamente estima
cuanto tener vida sabe,
El tronco, la flor y el ave.
Luego es la gloria mayor
de esta vida...

TODOS. Amor, amor

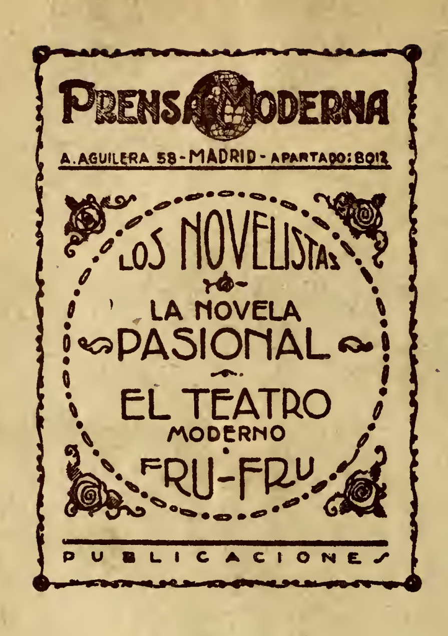
PACO. *(Se ha ido acercando a Pacita y con la mirada dirigiéndose a Pacita. Pacita coge una rosa de la mesa, la besa y se la entrega a Paco.)*
Hermosísima Justina,
en quien hoy ostenta ufana
la naturaleza humana
tantas señas de divina...

VALD. Déjame, Paco, déjame a mí. El aire del amanecer se mete en mis pulmones y me rejuvenece.

Hermosísima Justina,
en quien hoy ostenta ufana
la naturaleza humana...
(Las últimas palabras las habrá dicho don Antonio con voz desfalleciente, entrecortada; se deja caer en un sillón; da muestras de una angustia suprema. Todos se acercan a él con ansiedad.)

DOCT. ¿Qué? ¿Qué es esto?
PACI. ¡Don Antonio, don Antonio!
MANO. ¡Qué horror!
DOCT. ¡Muerto, muerto!

TELÓN



Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21.
Teléfono 16244. — Madrid.